

CAP 12

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

 Editorial Vida

Capítulo 12

El Espíritu Santo y la santificación

Timothy P. Jenney

Este capítulo se centra en el Espíritu Santo y la santificación, aun cuando estén relacionados con ella los tres miembros de la Trinidad. El plan es de Dios. Su anhelo es nada menos que la santificación del mundo entero y de todos sus habitantes. Jesucristo murió para hacer posible ese plan, pero su obra en la cruz ha terminado ([Juan 19:30](#); véase [Hebreos 10:10–14](#)). El agente activo hoy en la santificación es el Espíritu de Dios. Su papel principal en este proceso queda indicado por su título más frecuente, el de Espíritu *Santo*, y los símbolos de purificación con los que se le representa en las Escrituras: el agua y el fuego.¹

El título “Espíritu Santo” aparece noventa y cuatro veces en el Nuevo Testamento (incluyendo la aparición única de “Espíritu de santidad” en [Romanos 1:4](#)). Todos los demás títulos alternos del Espíritu aparecen con una frecuencia mucho menor.² Aunque algunos puedan alegar que “Espíritu Santo” es una simple abreviación de “Espíritu del Santo”, no es posible limitarse a dar de él una explicación superficial. Dios Padre tiene muchos atributos únicos; cualquiera de ellos — eternidad, omnipotencia, omnisciencia — habría podido servir para identificar al Espíritu, tanto como la santidad. Los escritores del Nuevo Testamento usaron la expresión “Espíritu Santo” con tanta frecuencia porque reconocían lo importante que es el Espíritu para la santificación del mundo.

Los símbolos que usaron estos escritores con respecto al Espíritu son también reveladores. Los rituales de purificación del Antiguo Testamento (acerca de los cuales abundaremos más adelante) usaban sangre, agua y fuego. La primera señala hacia el ministerio de Jesús; la segunda y (hasta cierto punto) la tercera, al ministerio del Espíritu Santo. Es frecuente que se simbolice al Espíritu de Dios por medio del agua ([Isaías 44:3–4](#); [Ezequiel 36:25–27](#); [Joel 2:23](#); véanse [2:28](#); [Juan 7:38–39](#); véase [19:34](#)), o que se hable de Él con términos reservados generalmente a los fluidos: “derramar” ([Zacarías 12:10](#); [Hechos 2:17–18](#); [10:45](#)), “llenar” ([Lucas 1:15](#); [Hechos 2:4](#); [Efesios 5:18](#)), “ungir” ([Isaías 61:1–2](#); véase [Lucas 4:18](#)); incluso “bautizar” y “bautismo” ([Juan 1:33](#); [Hechos 1:5](#); [1 Corintios 12:13](#)). Menos frecuentemente, se simboliza al Espíritu con el fuego ([Hechos 2:3](#);

[Apocalipsis 4:5](#)) o se le encuentra en una estrecha relación con él ([Mateo 3:11](#); [Lucas 3:16](#)). Estos símbolos eran poderosos para los oyentes judíos, acostumbrados a los bautismos y a otros ritos de purificación que había en el judaísmo del primer siglo. En parte, es posible que nuestros malentendidos con respecto a la santificación y a la obra del Espíritu Santo se deban a nuestra falta de conocimiento sobre esos ritos de purificación.

En general, cuando la gente de hoy habla de la obra del Espíritu con respecto a la santificación, se refiere a un proceso (o experiencia) espiritual por el cual pasa la persona, y que la hace más santa. Algunos identifican esta experiencia con la salvación; otros la identifican como una experiencia posterior, y otros la identifican como un proceso que incluye ambas experiencias anteriores y más. Sin embargo, la obra santificadora del Espíritu comprende más aún. Es parte integral de todo el plan de Dios para la humanidad; su “historia de la salvación”.¹ Como tal, incluye su obra, tanto con los convertidos, como con los no convertidos.

Aun así, muchos están sumamente preocupados acerca de cómo se les aplica a ellos la santificación de manera individual. Esa preocupación es adecuada. Al fin y al cabo, el plan de Dios para el mundo es realizado en los humanos, uno a uno. Se podrían formular de manera muy sencilla las preguntas prácticas acerca de la santificación de una persona:

¿Qué es la santificación?

¿Se produce de un solo golpe, o es un proceso?

¿Cómo se relaciona con la salvación?

¿Qué significa ser santo (o “santificado”)?

¿Quién tiene la responsabilidad de hacernos santos, y qué se puede hacer si no alcanzamos la santidad auténtica?

¿Llega alguna vez el creyente a alcanzar un estado en el que se le hace imposible pecar, eso que algunas veces se llama “perfección cristiana”?

Antes de responder a estas preguntas, sería útil definir los términos, explicar los límites de nuestro estudio y revisar la doctrina de la santificación a lo largo de la historia de la Iglesia.

12.1 DEFINICIÓN DE LA SANTIFICACIÓN

De acuerdo a lo expresado en los párrafos anteriores, debería ser obvio que estamos presentando aquí la santificación en su sentido más amplio. La santificación es el proceso por medio de la cual Dios está limpiando nuestro mundo y sus habitantes. Su meta final es que todas las cosas — animadas o inanimadas — sean purificadas de toda mancha de pecado o impureza. Con este propósito, nos ha proporcionado el medio de salvación a través de Jesucristo. Al final de los tiempos, también ha planificado entregar al fuego todo lo que no pueda o quiera ser purificado ([Apocalipsis 20:11 a 21:1](#); véase también [2 Pedro 3:10–13](#)), limpiando así la tierra de todo cuanto es pecaminoso.

La misión del Espíritu Santo en la etapa presente de la historia de la salvación es cuádruple: (1) convencer al mundo; (2) limpiar al creyente por medio de la sangre de Cristo cuando nace de nuevo; (3) hacer real en la vida del creyente el pronunciamiento legal de justicia que Dios ha hecho; y (4) llenar de poder al creyente para que ayude en el proceso de santificación de otros por (a) la proclamación del evangelio a los no creyentes y (b) la edificación de los creyentes.

Lo acostumbrado entre los teólogos es utilizar el término “santificación” solamente para hablar de la tercera de estas cuatro tareas del Espíritu Santo. En este sentido más restringido, A. H. Strong define la santificación como “esa operación continua del Espíritu Santo, por medio del cual se mantiene y fortalece la disposición santa impartida en la regeneración”.¹ Charles Hodge está de acuerdo con el Catecismo de Westminster, que define la santificación como “la obra de la gracia de Dios por medio de la cual somos renovados en el hombre entero según la imagen de Dios, y podemos morir cada vez más al pecado, y vivir para la justicia”.² No tenemos nada en contra de ninguna de estas explicaciones, pero nos parece que la definición del término dada por Millard Erickson es la afirmación más clara de la forma en que entendemos esta parte del proceso. Dice Erickson: “Es una continuación de lo que ha comenzado en la regeneración, cuando le fue otorgada e impartida al creyente una novedad de vida. En especial, la santificación es la aplicación por parte del Espíritu Santo a la vida del creyente de la obra hecha por Jesucristo.”¹

12.2 LA SANTIFICACIÓN EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

No es nuestro propósito hacer un estudio histórico completo de la teología de la santificación. Dicho estudio revisaría todas las posiciones que ha tomado la Iglesia acerca de este tema a lo largo de los tiempos, así

como las circunstancias que la han llevado a tomar esas posiciones. Nuestra intención es explicar lo que dice la Biblia acerca de la obra santificadora del Espíritu Santo. Esto ayudará a aquéllos que quieren vivir de una manera cada vez más agradable a Dios.

En todas las épocas, incluso la nuestra, la Iglesia ha tenido puntos fuertes y puntos débiles en su teología. Con frecuencia, se los puede entender mejor si se observa el flujo y reflujo histórico de diversas doctrinas en el pasado. Debido a las limitaciones de espacio, no podemos incluir aquí un estudio exhaustivo de la teología histórica de la santificación. Sin embargo, nuestro estudio puede servir de guía en cuanto al desarrollo de la doctrina.² Cualquier otra cosa que sea la que aprendamos de dicho estudio, es de algún consuelo saber que ha habido otros en la Iglesia que han luchado con las consecuencias prácticas de esta doctrina.

Los primeros seguidores de Jesús esperaban que Él regresara en cualquier momento, y así lo predicaban ([Hechos 2:7](#)). Por esto insistían fuertemente en la salvación y el evangelismo ([Mateo 28:18–20](#); [Hechos 1:7–8](#)). A medida que pasaron los años, y se retrasaba la venida de Cristo, los escritos del Nuevo Testamento indican que se desarrollaron ciertos problemas en la Iglesia ([1 Tesalonicenses 4:13–18](#); [1 Pedro 3:3–18](#)). Por ejemplo, algunos creyentes no llevaban una vida santa, sino que utilizaban su libertad con respecto al código moral judío como excusa para una conducta licenciosa (como en las iglesias de Corinto, Galacia, Colosas y las de [Apocalipsis 2](#) y [3](#)). Otros (los judaizantes) alegaban que la solución al problema era que tanto los cristianos de origen gentil, como los de origen judío, obedecieran la ley mosaica ([Hechos 15](#)), sugerencia que amenazaba con disminuir la importancia del sacrificio de Jesús ([Hebreos 6:4–6](#)). Aunque la derrota de esta sugerencia constituye un hito en el mantenimiento del cristianismo accesible a los seres humanos de todas las razas, no resolvió el problema real de cómo mantener una vida santa en medio de un mundo caído.

La Iglesia posterior a la época del Nuevo Testamento se retiró rápidamente de la doctrina bíblica de una santificación por pura gracia, dada y mantenida únicamente por el poder de Dios. En lugar de esto, buscó un entendimiento entre la interpretación farisaica y legalista de la ley mosaica ([Mateo 23](#)) y el perdón ilimitado que enseñó Jesús ([Mateo 6:9–15](#); véase [18:21–35](#)) y expuso Pablo ([Romanos 3:21–24](#)). En resumen, a pesar de todas las epístolas de Pablo y los esfuerzos misioneros, fueron muchos los que no supieron aprender las lecciones de la santificación.

La forma en que la Iglesia fue haciendo concesiones es iluminadora. Según Louis Berkhof,¹ los primeros padres de la Iglesia escribieron poco acerca de la doctrina de la santificación. Sin embargo, Ignacio de Antioquía sí enseñaba que “tener a Jesús dentro de uno” era lo que producía una renovación moral.²

No obstante esto, la Iglesia temprana sí enseñaba que la salvación dependía de una combinación de fe y buenas obras. Concretamente, decían que el bautismo cristiano limpiaba de los pecados anteriores a él, pero que las fallas morales posteriores al bautismo cristiano exigían cierta forma de contrapeso de penitencia o buenas obras.³

Agustín, cuyos escritos le dieron forma en un grado notable a la iglesia católica, pensaba que la santificación era un “depósito de Dios en el hombre”. Berkhof resume la doctrina de Agustín, diciendo: “Puesto que creía en la corrupción total de la naturaleza humana por causa de la caída, pensaba que la santificación era una nueva impartición de vida divina ... que operaba exclusivamente dentro de los confines de la Iglesia y a través de los sacramentos”.⁴

La importancia que le da Agustín al papel de los sacramentos en el proceso de santificación tuvo una notable influencia en la Iglesia. Con todo, más importante aún fue su insistencia en que estos sacramentos eran propiedad exclusiva de la Iglesia. En los momentos más cimeros de la Edad Media, Tomás de Aquino amplió esta doctrina, enseñando que la Iglesia controlaba un “tesoro de méritos” que podía otorgar a un creyente que los necesitara. Después del bautismo cristiano, los pecados veniales del creyente¹ podían ser borrados por el sacramento de la comunión, mientras que los “pecados mortales”, más graves, exigían cierta forma de penitencia.²

Los dirigentes de la Reforma se sintieron angustiados por la corrupción que vieron en la iglesia católica. En consecuencia, le restaron importancia al papel de la iglesia institucional y de los sacramentos en la santificación. Alegaban al respecto que la santificación es la obra del Espíritu, “en primer lugar por medio de la Palabra, y [sólo] de manera secundaria por medio de los sacramentos”. También decían que “la justificación proporciona la fuerza que motiva a la santificación”.³

Los pietistas y los metodistas, en su desespero por la falta de vitalidad espiritual en sus propias filas, apartaron aún más este proceso del control de la Iglesia. Afirmaban que el Espíritu Santo realizaba esta obra por medio del amor, la entrega y la obediencia del creyente a Cristo, junto con

un anhelo por la santidad práctica, y una lucha por alcanzar la perfección.⁴ Insistían en una *relación* espiritual individual y personal, más que en la participación en una actividad patrocinada por la iglesia institucional: los sacramentos (catolicismo) o la predicación de la Palabra (luteranismo).

Juan Wesley mismo fue más extremista aún, y enseñaba que aquéllos que carecían de vitalidad espiritual habían sido salvos, pero no santificados. Creía que la justificación y la santificación eran dos obras distintas y separadas de la gracia. La salvación era la primera; la santificación, la segunda. Con frecuencia le daba a esta segunda obra el nombre de perfección cristiana, diciendo que hacía imposible toda transgresión *voluntaria* de las leyes de Dios (estaba dispuesto a admitir que aún podrían seguir ocurriendo transgresiones involuntarias). Definía esta perfección como amar a Dios y al prójimo, tener la mente que había en Cristo Jesús, tener el fruto indivisible del Espíritu unido en el alma del creyente, y tener la imagen moral de Dios renovada en justicia y santidad verdadera. “Esto — decía — es la perfección”. La solución a los problemas espirituales de la Iglesia en su tiempo era esta segunda obra de la gracia: la santificación. La santificación proporcionaría una espiritualidad personal mayor y aumentaría el poder para trabajar en los campos de cosecha del mundo.¹

Los miembros del movimiento de santidad de mediados del siglo diecinueve hasta principios del veinte, enfrentados a la insípida espiritualidad de sus propias denominaciones (que con frecuencia se convirtieron en “previas”), adoptó muchas de las características del metodismo temprano. Entre estas características se hallaba la distinción entre una primera obra de la gracia y una segunda obra, así como la insistencia en la espiritualidad personal. En muchas ocasiones, esta segunda obra de la gracia fue identificada como el bautismo en el Espíritu Santo. Como en las enseñanzas de Juan Wesley, esta experiencia proporcionó tanto un aumento en la espiritualidad (la “santidad”), como un poder mayor para servir.²

Otros líderes de las iglesias en aquellos tiempos estaban de acuerdo con los grupos de santidad en que la Iglesia necesitaba una renovación, pero discrepaban con su solución. Uno de ellos era Charles Finney, quien adoptó un punto de vista más modesto. Aunque aceptaba la enseñanza wesleyana de una segunda obra (instantánea) de la gracia, enseñaba que no era una obra de santificación; era un revestimiento de poder.³

Reuben A. Torrey fue otro líder importante de la Iglesia en este

aspecto. Animado por el evangelista Dwight L. Moody, ofreció una versión distinta de esta doctrina. Enseñó que la santificación era un proceso, pero que el poder para servir procedía del bautismo en el Espíritu. En otras palabras, rechazaba la identificación que hacían los grupos de santidad del bautismo en el Espíritu como una “segunda obra de la gracia” que proporcionaba santidad. Retuvo la expresión “bautismo en el Espíritu”, estuvo de acuerdo en que era posterior a la salvación, y enseñó que únicamente era un don divino que daba poder espiritual.¹

La creciente insistencia en la obra del Espíritu Santo a fines del siglo diecinueve preparó el camino para la renovación del pentecostalismo a principios del siglo veinte. Sin embargo, algunos de los primeros pentecostales sostenían que el bautismo en el Espíritu Santo era una *tercera* obra de la gracia: (1) la salvación, por la cual una persona era purificada de los pecados de la vida no regenerada; (2) la santificación, que proporcionaba victoria sobre el pecado en esta vida, en el sentido wesleyano; y (3) el bautismo del Espíritu Santo, que le daba poder al creyente para servir a Dios y a los demás.² Las dos últimas parecían relegar al resto de la Iglesia a una posición espiritual inferior, alentando un elitismo espiritual pentecostal. Pronto, los no pentecostales comenzaron a caracterizar a todos los pentecostales como elitistas, aun aquéllos que no habían tomado posiciones tan extremas. Lamentablemente, parece haberse perdido la doctrina de la santificación en el calor de la batalla.

En el presente existe una urgente necesidad de renovar la insistencia en cuanto a la doctrina de la santificación en los círculos pentecostales. En primer lugar, hoy serían pocos los pentecostales que alegrarían que ellos mismos no están necesitando una renovación espiritual. A pesar del gran número de creyentes bautizados en el Espíritu Santo, muchas iglesias pentecostales carecen de la vitalidad y la eficacia que eran evidentes en años pasados. En segundo lugar, la insistencia pentecostal en el bautismo en el Espíritu y los dones sobrenaturales del Espíritu ha tenido por consecuencia un descuido con respecto al resto de la obra del Espíritu, incluyendo la santificación. En tercer lugar, la mayor aceptación de los pentecostales y carismáticos parece haber amenazado la diferencia tradicional entre la Iglesia y el mundo, poniendo en tela de juicio muchas normas antiguas de santidad. Por último, a los pentecostales modernos les agrada su recién adquirida popularidad, y están ansiosos por evitar toda apariencia de elitismo espiritual, por temor de perder esa popularidad.

12.3 LA SANTIFICACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

12.3.1 La terminología

Qadash y los términos relacionados. El hebreo *qadash*, traducido con frecuencia como “el santo”, conlleva la idea básica de separación, o de alejamiento del uso ordinario con el fin de ser consagrado a Dios y a su servicio. Se encuentra en la Biblia tanto en forma de verbo (“ser apartado”, “consagrado”) como de adjetivo (heb. *qadosh*, “sagrado”, “santo”, “consagrado” [un lugar, una persona, etc.]), tanto si se aplica esta cualidad a Dios mismo, como si se aplica a lugares, cosas, personas o momentos santificados o apartados por Dios o para Él.¹ El Nuevo Testamento suele utilizar el griego *haguiádzo* y los vocablos de su grupo (por ejemplo, gr. *háguios*) para comunicar la misma idea.

Quizás la mejor manera de definir la santidad sea en función de la personalidad de Dios. La Biblia enseña claramente que la característica fundamental de Dios es la santidad. Es lo que Él dice de sí mismo: “Seréis, pues, santos, porque yo soy santo” ([Levítico 11:44](#); véase también [1 Pedro 1:15–16](#)); el pueblo lo proclama: “Él es Dios santo” ([Josué 24:19](#)); los serafines lo afirman mientras adoran a Dios: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” ([Isaías 6:3](#); véase [Apocalipsis 4:8](#)); incluso Jesús mismo, el Hijo de Dios, lo llama “*Padre santo*” ([Juan 17:11](#)).

El profeta Amos dice: “Jehová el Señor juró por su santidad” (2:4), añadiendo más tarde: “Jehová el Señor juró por sí mismo” (6:8), con lo que indica que la santidad es central en su esencia más íntima (véase 6:8), la cual es diferente a todo cuanto Él ha creado, además de hallarse separada de todo pecado y maldad. “La santidad de Dios se convierte en una expresión de la perfección de su ser, que trasciende todo lo creado”.²

Quizá la mejor palabra contemporánea para comunicar esta idea sea “alienidad”; esto es, si podemos pasar por alto su connotación frecuentemente negativa. La santidad, en su sentido básico, es algo que no es humano ni terrenal; pertenece por completo a otro ámbito. Es decir: un Dios *santo* es un Dios que es separado y distinto con respecto a su creación (lo opuesto a lo que enseña el panteísmo).

Comprendemos que esta calidad de santidad es la característica esencial de la divinidad que Él puede impartir. Es la manera en la que Dios imparte esta cualidad la que más nos interesa; en particular en su relación individual con los seres humanos. El problema es que la humanidad, desde la caída, está viviendo en un mundo caído y no es santa. Con todo, Dios anhela tener comunión con nosotros. Puesto que Él no se puede hacer menos santo para tener esa comunión, nosotros

debemos convertirnos en más santos.

Dios comunica esta idea en el Antiguo Testamento de diversas formas. Primeramente, le dice a su pueblo: “Seréis, pues, santos, porque yo soy santo” ([Levítico 11:44](#)). Después, consagra diversas cosas a fin de facilitar la comunión con su pueblo, su “nación santa” ([Éxodo 19:6](#)): un sacerdocio santo para que oficie ([Éxodo 29:1](#); [1 Samuel 7:1](#)), con vestiduras santas ([Éxodo 28:2–4](#); [29:29](#)), un tabernáculo (o templo) santo en el cual habitaría en medio de su pueblo ([Éxodo 29:31](#); [Levítico 16:24](#); [Salmos 46:4](#); [65:4](#)), ciertos “días santos” en los cuales debían detener sus tareas diarias para adorar a Dios ([Éxodo 16:23](#); [Levítico 23:32](#); [Jeremías 17:21–27](#)), e incluso agua santa para limpiar a las personas impuras ([Números 5:17](#)).

Taher y los vocablos relacionados. El hebreo *taher* no es tan común como *qadash* en el Antiguo Testamento, pero es al menos igualmente importante para comprender la santificación. Su significado radical es “ser limpio, puro”. Esta limpieza puede ser una limpieza ceremonial, una pureza moral, o incluso la pureza relativa de un metal.¹ En cuanto a su uso, no parece haber ninguna distinción mayor entre limpiar de la impureza física (la contaminación por el contacto con sustancias inmundas) y limpiar de la impureza espiritual (la corrupción moral). La primera es mucho más frecuente; la segunda parece ser una extensión lógica de ella.

En su conjunto, los sustantivos de este grupo aparecen sólo diecinueve veces, pero el adjetivo aparece noventa. En el Génesis sólo se usa con respecto a los animales “limpios” ([Génesis 7:2](#), [8](#); [8:20](#)) y en el Éxodo solamente con respecto a los materiales puros, más frecuentemente para hablar del oro puro ([Éxodo 25:11–39](#); [30:3](#); [39:15](#), etc.). El Levítico tiende a utilizarlo en relación con la limpieza ceremonial ([Levítico 4:12](#); [13:13](#), [17](#), [40–41](#)), como lo hace Números ([Números 5:28](#); [18:11](#), [13](#); [19:9](#), [18–19](#)).

El paso del uso concreto al abstracto resulta instructivo, porque es ilustrativo de la transición. Se dice de las palabras del Señor que son puras ([Salmo 12:6](#)); Él es “muy limpio de ojos para ver el mal” ([Habacuc 1:13](#)), esto es, con aprobación. El temor del Señor que tenga una persona es “puro” ([Salmo 19:9](#)). El salmista exclama: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio” ([51:10](#); véase [Proverbios 22:11](#)). Ezequiel dice que Dios “limpiará” a su pueblo de la idolatría ([Ezequiel 36:25](#)).

El verbo aparece ochenta y nueve veces en diversas formas dentro del

Antiguo Testamento. De éstas, treinta y ocho aparecen en un solo libro, el Levítico, que da instrucciones detalladas para los diversos ritos de purificación.

12.3.2 Los ritos de purificación

El Antiguo Testamento enseña que algo puede quedar separado de Dios, o bien por el pecado, o por la impureza. Se puede obtener perdón del pecado ofreciendo el sacrificio adecuado; la purificación de la inmundicia exige que la persona pase por el rito de purificación adecuado. Estos ritos son importantes, puesto que son representaciones visuales de verdades espirituales.

En el Levítico y en Números se describen una serie de ritos de purificación. Se pueden dividir en dos categorías: (1) ritos para cosas que se pueden purificar, y (2) ritos para cosas que no se pueden purificar. Todos los ritos de la primera categoría usan el agua. La forma más simple de rito de esta primera categoría es que una persona que había quedado inmunda tenía que lavar sus ropas, y quedaría inmunda hasta el atardecer ([Levítico 11:38, 40; 12:6](#), etc.). En ese momento se le consideraría limpio y libre para ir y venir a su antojo. Una cantidad algo mayor de impureza, como la contraída al entrar en contacto con los fluidos corporales de otra persona, se podía limpiar añadiendo sencillamente al ritual básico la exigencia de bañarse ([Levítico 15:1–32; Números 19:11–13](#)).

Unas cantidades mayores de impureza exigían ceremonias más complicadas e ingredientes poderosos. Los que eran sanados de una enfermedad de la piel eran rociados siete veces con agua mezclada con sangre. Entonces tenían que lavar sus ropas, afeitarse todo el pelo de su cuerpo, bañarse y permanecer inmundos por siete días ([Levítico 14:1–9](#); véase [Números 19:1–10, 17–22](#)). Al octavo día, debían traer un sacrificio, y el sacerdote tomaría un poco de sangre y aceite del sacrificio para ungirlos con ellos. Entonces quedaban limpios ([Levítico 14:10–32](#)). Se usaban exigencias similares para las casas que tenían moho común ([14:48–53](#)).

Bajo las condiciones correctas, aun el agua podía quedar inmunda ([Levítico 11:33–35](#)). Los rabinos de épocas posteriores iban hasta los últimos detalles para especificar la cantidad de agua y el tipo de rociamiento, o incluso bautismo, que cada clase de impureza exigía para limpiarla. [Levítico 11:36](#) contiene ciertamente un detalle más importante: el agua de una fuente, o de una cisterna bajo tierra, siempre era considerada limpia. Por ejemplo, el agua de una fuente era literalmente

“agua viva”. Se movía y, por tanto, siempre se estaba renovando a partir de una fuente oculta. De hecho, no podía quedar inmunda.

Aquí se encuentra la importancia de la expresión “agua viva”. Gramaticalmente, significa simplemente “agua que se mueve, o que fluye”, pero teológicamente significa “agua que nunca puede ser hecha inmunda”. Ésta es la razón de que en muchos de los ritos de purificación hiciera falta agua “fresca” o “corriente” ([Levítico 14:5–6](#), [50–52](#); [15:13](#)). Esto explica también por qué Dios se describe a sí mismo ante la Jerusalén pecadora como una “fuente de aguas vivas” ([Jeremías 2:13](#); [17:13](#)), y por qué los comentaristas pueden decir que la fuente y los ríos de Zacarías son para la purificación ([Zacarías 13:1](#); [14:8](#)).¹ Es aún más importante el que explica por qué Jesús se describe a sí mismo como la fuente de “agua viva” ([Juan 4:10–11](#); [7:38](#)); Él es quien provee purificación ilimitada para todo tipo de pecado e impureza.

Otros términos usados con respecto a estos ritos de purificación se abrieron camino hasta el Nuevo Testamento, formando parte de la teología de la santificación. Entre ellos están “rociar” ([Hebreos 9:13–28](#); [10:22](#); [11:28](#); [12:24](#); [1 Pedro 1:2](#)), “lavar” ([Mateo 15:2](#); [Juan 13:5–14](#); [Hechos 22:16](#); [1 Corintios 6:11](#); [Apocalipsis 1:5](#)) y “bautizar” ([Romanos 6:4](#); [Efesios 4:5](#); [Colosenses 2:12](#); [Hebreos 6:2](#); [1 Pedro 3:21](#)), así como los términos más generales para santidad y limpieza (de los que hablaremos posteriormente con más detalle).

La segunda categoría de ritos de purificación es para las cosas que no se podían limpiar. Esto incluía una serie de materiales: tela o cuero con cualquier tipo de moho destructivo ([Levítico 13:47–59](#)), o una casa en la que no se había podido limpiar el moho ([Levítico 14:33–53](#)). Generalmente, este tipo de cosas eran destruidas ([Levítico 11:33](#), [35](#); [14:40–41](#), [45](#)), a menudo por el fuego ([Levítico 13:52](#), [55](#), [57](#)). Dios destruyó a Sodoma y Gomorra por medio del fuego ([Génesis 19:24](#); véase también [Lucas 17:29–30](#)), tal como hizo más tarde con la Jerusalén idólatra ([Jeremías 4:4](#); [17:27](#)). En Jericó, todo se debía quemar, menos los artículos de metal ([Josué 6:17](#), [24](#)). Cuando Acán robó estos artículos, fueron quemados él, su familia y todas sus posesiones ([7:12](#), [25](#)); también lo fue la ciudad de Hazor ([11:11](#), [13](#)).

Puesto que los ritos son presentaciones visuales de verdades espirituales, ¿qué verdades quiere Dios que aprendamos con estos ritos de purificación? Ciertamente, nos enseñan que Él es santo, y que exige santidad de su pueblo. También nos enseñan algo más: Dios desea que todo llegue a ser hecho santo. Él proporcionó un medio de purificación

para todo tipo de material que se podía purificar, aun cuando el procedimiento fuera costoso o extenso. Esto es, el de “lavar” (por ejemplo, Números 19:19, 21), o el de “bautizar” (por ejemplo, [Levítico 11:32](#), donde “metido en agua” es en hebreo *taval*, “sumergir”, “hundir”), quitar la piel, pero “salvar” el material. Aquellos materiales que no se podían limpiar, Él los destruía (generalmente) por el fuego. Esto mantenía al campamento y al pueblo de Dios limpios o santos.

Esta verdad tiene una poderosa aplicación espiritual para los que estamos bajo el nuevo pacto. Dios, por medio del poder santificador de su Espíritu, sigue deseando purificar a quienes se desprendan de su pecado. Él les quitará el pecado y los salvará. Los que no estén dispuestos a abandonar su pecado, como los materiales más contaminados del Antiguo Testamento, deberán ser destruidos junto con su pecado, exactamente de la misma manera: por el fuego.

12.3.3 La promesa profética

Los profetas hebreos miraban hacia un tiempo en el futuro en el que Dios limpiaría a toda la humanidad y al mundo en que ella vive. Dios les reveló que Él realizaría esta gran labor de purificación por medio de su Espíritu: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” ([Zacarías 4:6](#)). Por consiguiente, los profetas usaron con frecuencia, para describir esta obra divina, un vocabulario tomado de los ritos de purificación del templo. Por ejemplo, en Ezequiel le dice Dios a Israel: “Esparciré sobre vosotros agua limpia (heb. *tehorim*), y seréis limpiados (heb. *tehartem*) de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré (heb. *ataher*). Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra ... Y os guardaré de todas vuestras inmundicias” ([Ezequiel 36:25–27, 29](#)).

Dios también promete que restaurará tanto a Israel como a Judá a la tierra, y los hará limpios ([Ezequiel 37:21–23](#)). Los poblados serán reconstruidos y la tierra se volverá “como huerto de Edén” ([36:33–35](#)).

Esta purificación por el Espíritu (así como otros aspectos de su obra) estaría a disposición de todos en el futuro; tanto hombres como mujeres, judíos como gentiles, jóvenes como ancianos ([Joel 2:28–32](#)). Algunas veces, la visión describe una lluvia purificadora ([Joel 2:23](#)); otras veces se trata de un poderoso río que fluye desde el templo por toda la tierra,

trayendo purificación y dando vida ([Ezequiel 47:1–12](#)).

Zacarías profetizó que este río de “aguas vivas” se dividiría en cuatro partes para regar la tierra ([Zacarías 14:4, 8](#)), como en el huerto del Edén ([Ezequiel 36:35](#); véase Génesis 2:20). En ese día, el Señor gobernará desde Jerusalén y toda nación subirá allí para adorarlo ([Zacarías 14:16](#)). Jerusalén misma será tan santa, que “estará grabado sobre las campanillas de los caballos: SANTIDAD A JEHOVÁ; y las ollas de la casa de Jehová serán como los tazones del altar. Y toda olla en Jerusalén y Judá será consagrada a Jehová de los ejércitos” ([Zacarías 14:20–21](#); véase [Jeremías 31:40](#)).

Los pasajes de Ezequiel y Zacarías eran leídos anualmente en la fiesta judía de los Tabernáculos.¹ Jesús asistió a esta fiesta por lo menos una vez: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” ([Juan 7:37–38](#)).

“De su interior” (gr. *ek tés koilías aytú*) significa literalmente “de su vientre”. Esto no significa que esté hablando del vientre del creyente, ni se puede referir directamente al vientre del Mesías, puesto que no hallamos ninguno de los dos conceptos en las Escrituras del Antiguo Testamento. Se refiere a Jerusalén, donde Jesús sería crucificado, y donde se derramaría el Espíritu Santo el día de Pentecostés.²

Los judíos entendieron que Jesús hablaba de Jerusalén (como el “ombligo de la tierra”³), y que sus palabras se referían a dos de los pasajes litúrgicos leídos en la fiesta: [Zacarías 14](#) y [Ezequiel 36](#). Estaban en lo cierto, aunque sólo parcialmente. Jesús quería que supiesen que este poderoso río de aguas vivas purificadoras que habían visto los profetas, era en realidad el Espíritu de Dios. Sabemos esto, porque Juan dice a continuación: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” ([Juan 7:39](#); véanse [4:13–14](#); [19:34](#)). Esto no es el bautismo en el Espíritu; o al menos, sólo el bautismo en el Espíritu, sino una referencia a la poderosa obra de santificación que haría el Espíritu en medio del pueblo de Dios en los últimos días.

12.4 LA SANTIFICACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

12.4.1 Terminología

Los dos términos griegos críticos para el estudio de la santificación en

el Nuevo Testamento son *haguiadzo* (y su grupo) y *kazarídzo* (y su grupo). *Haguiádzo* es aproximadamente equivalente al hebreo *qadash*, y casi siempre es su traducción en la Septuaginta. Significa “hacer santo, apartar, purificar, dedicar o consagrar”, además de “tratar como santo”. El griego *kazarídzo* casi siempre traduce el hebreo *taher* en la Septuaginta. Significa “hacer limpio o purificar”, y se usa tanto en el sentido ceremonial, como en el moral.

Aunque la Torá suele usar los dos términos hebreos con bastante precisión, la diferencia entre ellos se hace borrosa cuando se usan en un sentido figurado. Esto sucede especialmente en los profetas y en los Salmos. El Nuevo Testamento suele mantener la distinción entre los términos griegos cuando habla de los ritos del pacto antiguo o de los fariseos, pero también los usa indistintamente cuando habla de la obra de Cristo en el nuevo pacto. Puesto que nuestro interés se centra en la purificación espiritual y en el nuevo pacto, podemos decir con bastante seguridad que el Nuevo Testamento usa *haguiádzo* y *kazarídzo* de manera intercambiable.

La palabra más frecuente es *háguios* (derivado del verbo *haguiádzo*). En singular se traduce como “santo”, y se usa con frecuencia como adjetivo para describir a Dios, a su Espíritu, a Jerusalén, etc. En plural se usa a menudo con respecto al pueblo de Dios. Entonces se suele traducir como “los santos”. Este término es muy común en el Nuevo Testamento (aparece sesenta veces) y constituye una sólida evidencia de que los primeros cristianos comprendían su propia cualidad distintiva: Dios los había hecho santos.

12.4.2 Dos teologías sobre la santificación

El término “santos” nos es tan familiar, que es probable que lo demos por supuesto. No así los cristianos en los tiempos del Nuevo Testamento. Ellos conocían muy bien las extensas leyes con respecto a la comida “kosher”, a las sustancias inmundas y a los ritos de purificación de la ley mosaica. Muchas de las diferentes sectas del judaísmo tenían elaboradas reglas y normas acerca de la inmundicia. En general, la regla era que se podía mantener la santidad a base de evitar la inmundicia y de aislarse de los que estaban inmundos. Si se contraía inmundicia, la solución era quitarla por medio de bautismos de uno u otro tipo ([Hebreos 6:2](#); [9:10](#)). Ésta es una noción bastante pasiva de la santidad: consiste en evitar la inmundicia.

Además de esto, los fariseos tenían también una interesante

incoherencia dentro de su propia teología. Muchos de ellos entendían que el reino de Dios era un reino espiritual, que se hallaba dentro, y no un reino externo (material), político. Aun así, sostenían que la entrada a este reino interno se lograba por medio de ritos *externos* que quitaban el pecado y la inmundicia para traer la santidad.

Sin embargo, la santidad de Dios es activa. Puesto que Él anhela la comunión con los seres humanos, su santidad activa consiste en hacer limpios a los inmundos, y santos a los que no lo son. La muerte de Jesús hizo posible este tipo de santidad. Sus seguidores lograron el acceso al reino espiritual de Dios por medio de un proceso espiritual, y no uno externo. Aunque estén rodeados por gente o cosas inmundas, pueden seguir siendo santos. Por consiguiente, la expresión “santos” se convierte así en su designación característica.

12.4.3 El cumplimiento de la profecía

En última instancia, la santificación del mundo se produce a un nivel individual. Cada persona ha de escoger entre aceptar la soberanía de Dios y su reinado, o rechazarlos. Las personas que han decidido no abandonar su pecado, deberán ser purificadas por medio del fuego. Este proceso no exige su cooperación, pero es doloroso, destructor y de larga duración. Éste es el castigo eterno que la Biblia llama “infierno”, “el lago de fuego” y “la muerte segunda” (Isaías 66:24; Mateo 23:33; 25:30, 41, 46; Apocalipsis 20:14–15). Aunque nunca serán purificados, el fuego eterno garantiza que la creación de Dios no será perturbada nunca más por su inmundicia. En resumen, Dios ha decidido que va a santificar el mundo. Lo va a hacer por medio del agua, o del fuego (Mateo 3:11–12).

Los cristianos deciden ser santificados por el Espíritu, un proceso que exige la cooperación continua de cada uno de ellos (1 Juan 3:3; Apocalipsis 22:11), de manera muy parecida a las ceremonias de purificación con agua que describe el Antiguo Testamento. Este proceso de santificación quita el pecado, pero salva a la persona. Hemos decidido describir a continuación este proceso en cuatro etapas diferentes entre sí.

Convencer al mundo. La primera etapa de la santificación, y la obra mayor del Espíritu Santo consiste en traer a las personas a una relación de pacto con Dios. El Espíritu tiene tres tareas entre las que no son convertidos: convencer de pecado, dar testimonio de Cristo y confirmar la Palabra de Dios. Son sus tareas mayores, porque las realiza entre el grupo mayor de personas: virtualmente todos los habitantes de la tierra que no son cristianos.

La salvación sólo puede comenzar cuando la persona ha sido convencida de pecado personal. Por “convencer” entendemos que la persona se da cuenta de que ha actuado mal; de que es verdaderamente culpable delante de Dios. El Espíritu Santo es el que produce esa convicción. La convicción de pecado es la primera etapa en la santificación de la persona, y la *única* que no exige nuestro consentimiento. Jesús hablaba de este ministerio del Espíritu cuando dijo: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” ([Juan 16:8–11](#)).

Notemos que Jesús dice que el Espíritu convencerá “al mundo”. En otras palabras, el Espíritu Santo tiene un ministerio entre los *no convertidos*. Es el de convicción. Los convence de tres cosas: (1) de que sus pecados, especialmente el pecado de no creer en el Hijo de Dios, los han hecho culpables delante de Dios; (2) de que la justicia es posible y deseable; y (3) de que aquéllos que no hagan caso de su invitación tendrán que enfrentarse al juicio divino.

Es posible resistirse al intento del Espíritu de traer convicción ([Hechos 7:51](#)), y así sucede con frecuencia, incluso a veces hasta un rechazo abierto que convierte a la persona en réprobo ([1 Timoteo 4:2](#)). Ésta es también la razón por la que la blasfemia contra el Espíritu ([Mateo 12:31–32](#); [Marcos 3:29](#)) es tan seria en potencia: Si el Espíritu se retira, no hay posibilidad de arrepentimiento ni de perdón, porque no hay convicción; no hay sentido de culpa.¹

El Espíritu también testifica a favor de Cristo. Hablando del mundo, Jesús dijo:

Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron. Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.

[Juan 15:24–27](#)

Pocas personas están dispuestas a hablar contra Jesús, sean cristianas o no. ¿Por qué? Creemos que se debe al Espíritu Santo: Él da testimonio a favor de Cristo, convenciendo a los seres humanos con respecto a la verdad.

Los cristianos les pueden dar testimonio a los no convertidos, anunciándoles la verdad del evangelio (Juan 15:27; véase 3:3-4, 16-21). Dios nos promete incluso que el Espíritu nos guiará en cuanto a qué decir (Mateo 10:19; Hechos 2; 7; etc.). Sin embargo, para que haya una respuesta de fe se necesita la actuación del Espíritu Santo (Juan 15:26; véase 3:5-8).

Además de dar convicción interna y de dar testimonio sobre Cristo, el Espíritu también confirma la Palabra de Dios. Esto lo hace dando las señales y los prodigios sobrenaturales que acompañan a su proclamación. Pablo le habla a partir de su propia experiencia en este asunto a la iglesia de Corinto: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:1-5; véase 12:7-11).

Más tarde, escribiría aun más llanamente sobre la forma en que el Espíritu destacaba su presentación del evangelio: “Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo” (Romanos 15:18-19).

Este “poder” del que habla Pablo es el mismo tipo de señales y prodigios sobrenaturales que acompañaron el ministerio de Jesús (Hechos 2:22). De igual forma, el Espíritu sigue obrando poderosamente hoy a través del creyente para confirmar la predicación de la Palabra (Hechos 4:8-12; 5:12; Romanos 12:4-8; 1 Corintios 12:27-28).

En resumen, esto significa que toda la experiencia del pecador con el Espíritu de Dios es negativa. Los no convertidos experimentan convicción de pecado, aumentada por el hecho de que la justicia es posible ahora a través de Jesucristo, y aumentada aun más debido a la certeza del castigo que se acerca. Cuando el Espíritu da testimonio acerca de Cristo, revela a Uno que llevó una vida justa. Cuando se predica la Palabra de Dios, el Espíritu la confirma con poderosas señales y prodigios. No es de maravillarse que el pecador deteste escuchar la predicación de la Palabra de Dios. Le trae sentimientos de culpa, insuficiencia, ansiedad y

convicción. ¿Por qué? porque la obra del Espíritu Santo con el no convertido va dirigida hacia una sola meta: llevar a esa persona al arrepentimiento.

Purificar al creyente. La obra del Espíritu no cesa cuando una persona admite su culpa ante Dios; aumenta, tal como lo hace en cada una de las etapas posteriores. La segunda etapa en la santificación de una persona por el Espíritu es la conversión. Ésta es una experiencia de un instante. Incluye la santificación por el Espíritu, o, para decirlo de una forma más correcta bíblicamente, el proceso de santificación por el Espíritu incluye la conversión.

Podemos demostrar esto con facilidad a partir de las Escrituras. Veamos estas palabras de Pablo: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 [Tesalonicenses 2:13](#)). Observemos que la palabra “salvación” en este pasaje es modificada por dos frases proposicionales que describen la forma en que recibieron la salvación los creyentes de Tesalónica. La segunda frase, “y la fe en la verdad”, describe el papel del creyente en la salvación: tener fe en el evangelio de Jesucristo (v. 14). La primera frase, “mediante la santificación por el Espíritu”, es más importante para nuestros propósitos en estos momentos. Describe el papel del Espíritu en la salvación: santificar al creyente. La idea principal en este versículo no es que Dios haya escogido a unos, y no a otros (la predestinación clásica¹), sino que Dios escogió *los medios* por medio de los cuales todos podrían recibir la salvación: la fe de la persona en las promesas de Dios, además del poder purificador del Espíritu de Dios (véanse también [Hechos 10:15; 11:9; Romanos 15:16; 1 Pedro 1:1-2](#)).

Aparece otro importante ejemplo en la primera carta de Pablo a los Corintios. Increpa a los creyentes de Corinto por su inmoralidad ([5:1-8](#)). Después de mencionar diversos tipos de personas pecadoras ([6:9-10](#)), dice: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” ([6:11](#)). Pablo dice que esta obra fue realizada por el Espíritu (véase [2 Tesalonicenses 2:13](#)). La forma de los verbos griegos traducidos como “lavar”, “santificar” y “justificar” en este pasaje (el aoristo pasivo) no indica aquí ningún tipo de proceso. Todas se refieren a la misma experiencia terminada de manera instantánea: la conversión.

Sencillamente, no hay manera alguna de que se pueda hacer que el griego de estos versículos signifique que esta obra santificadora del Espíritu es algo distinto a la salvación. No es una segunda obra de gracia definida, como algunos quisieran considerarla. Ambos pasajes describen la santificación del Espíritu como el medio por el cual la persona es salva. El segundo pasaje, [1 Corintios 6:11](#), representa esta santificación de manera puntual, como algo que se produce al mismo tiempo que la obra de lavar y la de justificar.

La única forma en que podemos reconciliar estos pasajes con otros que hablan de la santificación como un proceso (véase más adelante), es reconocer que la santificación no es simplemente algo que tiene lugar después de la conversión, pero que equivale a crecer en el Señor. La santificación incluye toda la obra de Dios en su intento por salvar a los seres humanos del juicio que habrá de venir.

En el momento de la conversión nacemos de nuevo, esta vez del Espíritu ([Juan 3:5-8](#)). Simultáneamente, el Espíritu nos bautiza en el cuerpo de Jesucristo, la Iglesia ([1 Corintios 12:13](#); [Efesios 2:22](#)).¹ Somos lavados, santificados y justificados de manera instantánea, todo por medio del poder del Espíritu ([1 Corintios 6:11](#); [2 Tesalonicenses 2:13](#); [1 Pedro 1:1-2](#)). En ese momento, el Espíritu de Dios le comienza a testificar a nuestro espíritu que ahora somos hijos de Dios ([Romanos 8:15-16](#)). El Espíritu de vida nos liberta de la ley del pecado y de la muerte ([8:2](#); véase [Juan 6:63](#)). Somos nuevas criaturas en Dios ([2 Corintios 5:17](#)).

La diferencia fundamental entre un cristiano y un no cristiano no está en el estilo de vida, en la actitud, ni siquiera en el sistema de creencias. Está en que el cristiano le ha permitido a Dios que lo santifique, y el no cristiano no lo ha hecho. Esta diferencia es una de las razones por las que el Nuevo Testamento se refiere con frecuencia a los creyentes llamándolos “santos” ([Mateo 27:52](#); [Hechos 9:13](#); [Romanos 1:7](#); [1 Corintios 1:2](#); [Efesios 1:1](#); [Apocalipsis 5:8](#), etc.), aunque a continuación describa sus pecados o sus debilidades (como lo hace Pablo en 1 Corintios). O sea, que el cristiano no es alguien perfecto, sino alguien que se ha arrepentido del pecado y se ha sometido al poder purificador del Espíritu de Dios.

Realizar la justicia en el creyente. El Espíritu de Dios no abandona al creyente después de su conversión ([Juan 14:16](#)). Tal como sucede en la transición de la convicción a la conversión, su papel aumenta después de la conversión. El aumento en la sumisión del creyente produce una cooperación y una intimidad mayores con el Espíritu, lo que consecuentemente lo capacita para hacer una obra aún mayor en la

persona después de la conversión. Hay tres formas adicionales en las que el Espíritu obra con el creyente: (a) santifica continuamente al creyente con respecto al pecado, (b) libra cada vez más al creyente de las realidades de pecado, y (c) usa a los creyentes para que ayuden en la obra de santificación.

Ningún creyente podrá decir jamás con verdad que está libre del pecado (1 Juan 1:8–9). Somos culpables de pecados de omisión, por cuanto ninguno de nosotros adora, ama o sirve a Dios lo suficiente, totalmente aparte de cualquier pecado que podamos cometer de vez en cuando. Ésta es la razón por la cual la sangre de Jesús nos purifica *continuamente* de todo pecado (v. 7 [el presente del verbo griego en este pasaje nos dice que se trata de una acción repetida y continua]).

Jesús ha desempeñado ya su papel en la santificación (Hebreos 10:12–13; véase Juan 19:30). Esta aplicación continua del sacrificio de Jesús a nuestra vida, de la que habla 1 Juan, es obra del Espíritu. Éste es el sentido en el que Jesús habló del Espíritu como “ríos de agua viva” (Juan 7:38–39), un río suficiente para limpiar toda nuestra pecaminosidad. Por tanto, momento tras momento, el Espíritu limpia al creyente, quien de esta manera es siempre santo delante de Dios.

Como consecuencia de esto, los creyentes disfrutaban de muchos beneficios. Están libres de condenación y de culpa (Romanos 8:1–20). Tienen acceso continuo al Padre (Efesios 2:18). Pueden adorar ahora en el Espíritu y en verdad (Juan 4:23–24). Finalmente, tienen al Espíritu como las arras de su futura herencia en el Señor (Efesios 1:14; véase 5:5).

Además de limpiarnos momento tras momento, el Espíritu también obra ayudándonos a evitar el pecado. Por tanto, podemos hablar de “un proceso vital por medio del cual su santidad [de Dios] se hace real en nuestra vida”.¹

Pablo usa muchas analogías en Romanos 8 para hablar de esta obra del Espíritu. Tener la “mente del Espíritu” significa vivir “en las cosas del Espíritu” (Romanos 8:5), o estar “sujetos al Espíritu” (vv. 6–9). Emplea una expresión corriente entre los fariseos cuando habla de andar conforme al Espíritu (gr. *peripatúsin*, forma del verbo traducido “andar”). El cuerpo de leyes que les indicaban a los fariseos la manera de aplicar la ley mosaica a la vida cotidiana era llamado *halaká*. Esta palabra es derivada de otra palabra hebrea, *halak*, que significa “ir”, o “caminar”.

La idea central es ésta: el fariseo tenía un cuerpo de leyes no escritas

(la Torá oral, “instrucción” o “tradición de los ancianos”), que prescribían cuál debía ser su conducta en toda situación. Esto lo protegía de contraer inmundicia. El creyente tiene al Espíritu Santo, que hace exactamente lo mismo. Da instrucciones acerca de cómo actuar para evitar el pecado en todas las situaciones ([Romanos 8:6–9](#)). Por la misma razón, el Espíritu les abre la Palabra de Dios a los creyentes ([1 Corintios 2:9–16](#)), recordándoles con frecuencia lo que Jesús ha dicho en la Palabra ([Juan 14:26](#)). De esta forma, el Espíritu ayuda a hacer real la justicia del creyente, y no sólo legal. Se trata de un proceso continuo que durará todo el tiempo que el creyente esté sobre la tierra ([1 Tesalonicenses 5:23](#)).

Finalmente, el Espíritu usa a los creyentes para que lo ayuden en la obra de la santificación. Esto va mucho más allá de demandar nuestra cooperación continua en el proceso de nuestra propia santificación ([2 Corintios 6:16–7:1](#); [Apocalipsis 22:11](#)): cosas como resistir a la tentación de pecado. Significa ayudar en la santificación de otros.

En estos tiempos en que abunda el divorcio, da algún consuelo saber que los creyentes casados, si están dispuestos a permanecer con sus cónyuges no creyentes, pueden tener un poderoso ministerio ayudando al Espíritu Santo a producir la santificación en ese cónyuge, y en los hijos que vivan en el hogar ([1 Corintios 7:14](#)).

En la próxima sección hablaremos más sobre el tema de contribuir a la santificación del mundo, aunque mucho de aquello se aplique igualmente aquí. En estos momentos queremos centrarnos en la forma en la que el creyente ha de ayudar al Espíritu en la santificación de otros creyentes. El Espíritu le da al creyente “comunión” con el resto de los santos ([Filipenses 2:1](#)). Dentro de esta comunión, Dios nos exhorta a consolarnos unos a otros con respecto al pecado ([Mateo 18](#)), a darnos ánimos unos a otros ([Hebreos 10:24](#)), a amarnos unos a otros ([Romanos 13:8](#)), a preocuparnos los unos por los otros ([1 Corintios 12:25](#)), etc. Todas estas acciones ayudan al Espíritu en su labor de darnos forma según la imagen de Cristo, para santificarnos.

Dios les dijo a los israelitas: “Santificaos.” El Nuevo Testamento tomó el tema, ampliándolo en una forma que lo hace especialmente pertinente para el sensual mundo de hoy: “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación, que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios ... Porque el Señor es vengador de todo esto ... Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a

hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo” (1 [Tesalonicenses 4:3–8](#)).

Dar poder al creyente. El bautismo en el Espíritu Santo abre un papel nuevo para el creyente en la santificación del mundo. Los creyentes están mejor capacitados para ayudar al Espíritu en su obra de santificar a otros, una vez que lo han recibido. Jesús les ordenó a sus discípulos que esperaran el bautismo en el Espíritu, de manera que tuvieran poder para testificar ([Hechos 1:4–5, 8](#)). Ese bautismo llegó con una señal que simbolizaba que el nuevo pacto se hallaba a disposición de todos los seres humanos del mundo entero: la señal de “hablar en otras lenguas” ([2:4](#)). Hoy día, pocas personas reconocen que “otras lenguas” fue originalmente hablar idiomas que no eran ni el hebreo ni el arameo. Virtualmente por vez primera, Dios habló en otros idiomas y llamó a seres humanos que no eran judíos a entrar en una relación de pacto con Él.

Ésta fue una poderosa señal de que la santificación universal de la que habían hablado los profetas estaba ya a disposición de todos. Pedro, reconociendo que en la multitud había muchas clases diferentes de personas, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, citó [Joel 2:28–32](#) para apoyar aquella experiencia. Muy pronto, Dios le revelaría que esto incluía también la conversión de gentiles ([Hechos 10](#) y [11](#)). La misión a los gentiles capturaría la imaginación de la Iglesia naciente. En unos pocos años, el evangelio de Jesucristo se extendería a lo largo y ancho del mundo entonces conocido.

El creyente de hoy bautizado en el Espíritu ha sido llamado a la misma tarea. Ha recibido poder de parte del Espíritu, y podemos esperar de Dios que confirme su Palabra con señales y prodigios ([Romanos 15:18–19](#)). El Espíritu les sigue hablando a los creyentes para que envíen personas concretas a ministerios especiales ([Hechos 11:12; 13:2](#)), algunas veces incluso a lugares especiales ([16:6–10](#)). De esta forma, el creyente lleno del Espíritu ayuda al Espíritu en su tarea de santificar al mundo.

Los dones espirituales, a disposición de todos los que han bautizados en el Espíritu, también pueden contribuir en la edificación de los santos, otro aspecto de la obra continua de santificación que lleva a cabo el Espíritu. Esto puede incluir una palabra de sabiduría o de conocimiento, una exhortación, una profecía, o lenguas e interpretación ([1 Corintios 12:7–10](#)). Sin embargo, todos estos fenómenos son “para provecho” común (v. 7) y para la “edificación” de la Iglesia ([14:26](#)).

El Espíritu también edifica a los santos para un ministerio eficaz de

otra forma: por medio de su ministerio de intercesión. Pablo dice lo siguiente: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” ([Romanos 8:26–27](#)).

Observemos que este tipo de intercesión es “por los santos” (v. 27), y concretamente, cuando no sabemos “qué hemos de pedir como conviene” (v. 26). Hay quienes sostienen que esto se refiere a la intercesión en lenguas, aunque nos es difícil identificar con algo de certeza la expresión “gemidos indecibles” (v. 26) con las “otras lenguas” (que son habladas); no obstante, orar en lenguas también puede incluir intercesión.

Quisiéramos animar a los creyentes para que estén dispuestos a permitirle al Espíritu que los use en un ministerio de intercesión.¹ Quizá la intercesión en lenguas haya estado detrás de las afirmaciones hechas por los primeros pentecostales sobre la relación entre el bautismo en el Espíritu y la purificación. Tomando como base las Escrituras, no podemos estar de acuerdo con aquéllos que quieren identificar el bautismo en el Espíritu con una segunda obra instantánea de la gracia, llamada santificación. Tampoco podemos estar de acuerdo con aquéllos que quieren hacer del bautismo en el Espíritu una condición para la salvación, o un medio por el cual se obtiene una especie de “categoría” especial en el reino de Dios. Con todo, hay formas profundas y muy personales en las que el Espíritu tiene mayor capacidad para obrar en aquéllos que se han rendido a Él. Estamos convencidos de que esto incluye también su obra de santificar al creyente en Cristo.

El Espíritu Santo terminará esa obra en nosotros cuando venga Cristo, pero hasta entonces, tenemos la responsabilidad de purificarnos a nosotros mismos (con la ayuda del Espíritu Santo) ([1 Juan 3:2–3](#)).

Las definiciones y teologías de la santificación que se refieren solamente al creyente después de la salvación son inadecuadas. No representan de manera completa el concepto bíblico de la santificación y, por eso, les es difícil hallarles sentido a las diferentes formas en las que la Biblia habla de ella.

El plan divino de santificación incluye a todo el mundo; a todo, tanto animado como inanimado. Lo que Él no pudo realizar a través del pacto antiguo, el Espíritu Santo lo está realizando poderosamente ahora, en el

nuevo pacto. Aquéllo que no quiera o no pueda ser limpiado esta vez, será destruido por el fuego. Tenemos el gran privilegio, no sólo de ser objeto de este proceso de santificación, sino también de poder ayudar en él, para la gloria de Dios.

12.5 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿Cuál es la meta final del plan divino de santificación?
2. ¿Cuál es la tarea cuádruple del Espíritu Santo en el proceso de santificación?
3. La santificación era una doctrina importante para muchos de los primeros pentecostales. ¿Ha sido ignorada en un grado notable en los años recientes? Si así ha sido, ¿por qué?
4. ¿Qué dos palabras, enraizadas en los ritos del Antiguo Testamento, son esenciales para tener una comprensión correcta de la doctrina bíblica de la santificación?
5. ¿En qué difieren los ritos de purificación del Antiguo Testamento que usan el agua, de los que usan el fuego?
6. ¿Qué añade la expresión “aguas vivas” a nuestra comprensión de la santificación?
7. ¿Por qué es la palabra “santos” la designación característica de los cristianos en el Nuevo Testamento? ¿En qué difería esto del fariseísmo?
8. ¿Se asemeja la obra purificadora del Espíritu Santo más a las purificaciones del Antiguo Testamento por el agua, o a las realizadas por el fuego? ¿Por qué?
9. ¿Qué papel desempeña la persona en cada una de las cuatro etapas que tiene la obra santificadora del Espíritu?
10. ¿De qué forma simbolizaba (y simboliza) el don de lenguas el comienzo del cumplimiento por parte de Dios de las profecías del Antiguo Testamento sobre la santificación universal?

¹ El viento no es simplemente un símbolo del Espíritu de Dios. En realidad, la relación es más estrecha, puesto que tanto el término hebreo, como el griego que traducimos “espíritu”

significan también “viento”, o “aliento”. El vínculo común entre las tres traducciones posibles es la idea de algo que es invisible, pero animado. Ciertamente, esto es verdadero con respecto al Espíritu Santo.

2 Véase el capítulo 11.

1 Alemán, *heilsgeschichte*, un concepto desarrollado por teólogos alemanes para distinguir entre el tipo de historia que aparece en la Biblia y lo que ellos consideraban el estudio “objetivo” de la historia.

1 Augustus H. Strong, *Systematic Theology* (Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell, 1907; reimpresión de 1974), p. 869.

2 Charles Hodge, *Teología sistemática*, vol. 2 (Barcelona: Editorial CLIE, 1991), p. 373.

1 Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1985), p. 968.

2 Para un estudio histórico más detallado de esta doctrina, véase Wilber T. Dayton, “Entire Sanctification: The Divine Purification and Perfection of Man”, en *A Contemporary Wesleyan Theology*, editor, Charles W. Carter, vol. 1 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1983), pp. 521–569, especialmente la extensa bibliografía, pp. 567–569.

1 Louis Berkhof, *Systematic Theology*, 4ª ed. (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1949), p. 529.

2 Ignacio, *A los Magnesios*, 12.1.

3 Robert R. Williams, *A Guide to the Teachings of the Early Church Fathers* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1960), p. 142.

4 Berkhof, *Systematic Theology*, p. 529. En el *Enchiridion*, capítulo 65, Agustín les niega perdón a los que están fuera de la Iglesia, porque “sólo la Iglesia ha recibido la promesa del Espíritu Santo, sin el cual no hay perdón de pecados”. Citado en Geoffrey W. Bromiley, *Historical Theology* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1978), p. 114.

1 Véase el capítulo 8, p. 281.

2 Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 529–530.

3 *Ibíd.*, p. 530; Bromiley, *Historical Theology*, p. 238.

4 R. Newton Flew, *The Idea of Perfection in Christian Theology: An Historical Study of the Christian Ideal for the Present Life* (Nueva York: Humanities Press, 1968), p. 276.

1 Juan Wesley, *Sermons on Several Occasions* (Londres: Epworth Press, 1977), pp. 473–476. C. W. Conn, “Christian Perfection”, en el *Dictionary of Pentecostal and Charismatic Movements*, editores, Stanley M. Burgess, Gary B. McGee y Patrick Alexander (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1988), pp. 169–180.

2 *Ibíd.*, p. 170; Edith L. Blumhofer, *The Assemblies of God: A Chapter in the Story of American*

Pentecostalism, vol. 1-To 1941 (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1989), p. 42. Esta terminología para describir la experiencia de santificación procede de John Fletcher, amigo de Wesley. Sin embargo, debido al surgimiento del movimiento pentecostal, la mayor parte de los grupos de santidad prefieren actualmente la “terminología de altar” de Phoebe Palmer, quien decía que Cristo es el altar del cristiano, y que todo aquél que tocara el altar sería santo ([Éxodo 29:37](#)); ella conectaba la santificación con el “sacrificio vivo” de [Romanos 12:1](#). Véase Melvin E. Dieter, “The Wesleyan Perspective”, en Dieter, et al., *Five Views on Sanctification* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1987), p. 39. Blumhofer, *Assemblies of God*, vol. 1, pp. 41–50.

3 *Ibíd.*, p. 58.

1 *Ibíd.*, pp. 50–57.

2 Stanley M. Horton, “The Pentecostal Perspective”, en Melvin Dieter et al., *Five Views on Sanctification* (Grand Rapids: Academie Books, 1987), p. 107.

1 Francis Brown, S. R. Driver y Charles A. Briggs, eds. *The New Brown-Driver-Briggs-Gesenius Hebrew and English Lexicon* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1979), p. 872.

2 O. Procksch y K. G. Kuhn, “*hagios*”, en Gerhard Kittel, ed., *Theological Dictionary of the New Testament*, traducción al inglés de G. W. Bromiley, vol. 1 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1964), pp. 88–114.

1 *BDB*, p. 372.

1 Véase David Baron, *The Vision and Prophecies of Zechariah* (Grand Rapids: Kregel Publications, 1972, de la 2ª ed., 1919), pp. 459, 506.

1 J. H. Hertz, editor, *The Pentateuch and Haftorahs*, 2ª ed. (Londres: Soncino Press, 1978), p. 973; también Jacob Neusner, traducción al inglés, *The Talmud of Babilonia: An American Translation, Tractate Sukkah*, Brown Judaic Studies, vol. 74 (Chico, Calif.: Scholars Press, 1984), 3:3–10.

2 Este punto de vista fue sostenido por Charles C. Torrey, *The Four Gospels* (Nueva York: Harper Brothers, 1933), p. 201. Véase también R. H. Lightfoot, *St. John's Gospel* (Oxford: Clarendon Press, 1956), pp. 183–184. Sin embargo, ciertamente muchos autores recientes señalan a Jesús como la fuente.

3 Joachim Jeremías, *Jerusalem in the Time of Jesus*, traducción al inglés de F. H. y C. H. Cave (Londres: SCM Press, 1969), pp. 51–51. Véase también Josefo, *Wars of the Jews*, 3:3:5, donde llama a Jerusalén “el ombligo del país”.

1 Con mucha frecuencia, los cristianos, que no han sido convertidos mucho tiempo, sienten grandes remordimientos porque creen que han blasfemado contra el Espíritu y que no pueden tener perdón. El remordimiento es, en sí mismo y por sí mismo, la mejor evidencia de que una persona no ha rechazado al Espíritu, puesto que sólo el Espíritu produce convicción. La persona verdaderamente réproba no siente remordimiento. En otras palabras, los que anhelan el perdón siempre lo podrán hallar en Dios. Véase el capítulo 8.

¹ Véase el capítulo 10.

¹ Con frecuencia se llama a esto el aspecto “posicional” de la santificación: al estar “en Cristo”, el creyente queda santificado de manera instantánea. Véase Horton, “Pentecostal Perspectiva”, p. 116. Esto es incrementado de manera necesaria por el aspecto progresivo de la santificación señalado más adelante en los puntos (a), (b) y (c).

¹ Horton, “Pentecostal Perspective”, p. 114.

¹ Sugerimos que este ministerio de intercesión por el Espíritu puede ser aún de mayor provecho. Durante nuestros años en el pastado, hemos conocido a personas que han luchado con recuerdos dolorosos, algunas veces amargos. Algunas testificaban haber recibido una nueva libertad con respecto a estos recuerdos, o una sensación de limpieza, poco después de haber sido bautizadas en el Espíritu. Su testimonio solía estar relacionado con la oración en el Espíritu. Frecuentemente, el proceso comprendía la intercesión, primero en lenguas, y después con la interpretación. Duraba hasta una o dos semanas. Entonces, estos creyentes le podían entregar por vez primera esas experiencias al Señor. Como consecuencia, experimentaban una grandiosa victoria sobre ellas, y un gozo inmenso. Al fin y al cabo, el aumento de intimidad con el Espíritu, y el rendirse a sus impulsos, significa que Él tiene mayor cooperación en su obra de santificación, liberándonos para que tengamos mayor eficacia en el ministerio.